

Hé aquí a Charles Fort, príncipe de la anti-ciencia

EL JERSEY DE EINSTEIN

por ROBERT BENAJOUN

Cuando dos asambleas de sabios deciden, una en Oxford, la otra en Oak Ridge, que nada se ha hecho para el estudio sistemático de los fenómenos clásicos de ebullición y de congelación; cuando los observadores de Monte Palomar encuentran de pronto despreciable la curvatura del espacio y revelan la entera posibilidad de un universo plano e infinito; cuando Jean Rostand en el film *La aventura del hombre* imita a Prometeo ("Allí donde la naturaleza no había previsto sino una célula, yo hago dos, hago tres"); cuando Albert Ducrocq, confundiendo memoria e imaginación se ensaya con el autómatas Caliope en la poesía apretabotón; cuando el gran matemático Eddington encuentra claramente expuesto en el *Jaberwokky* de Lewis Carrol "el equívoco esencial de las entidades fundamentales de la física", ha llegado la gran época de leer a Charles Fort.

En septiembre de 1930 el notable químico inglés Henry Armstrong ya acusaba a la ciencia de crear una pornografía del conocimiento. En ese mismo momento, en su departamento del Bronx, entre sus colecciones de mariposas y de meteoritos, un hombre gordo y de bigotes de brocha se frotaba las manos, pues se le tomaba por el personero de la anti-ciencia. Al levantar el catálogo vivo y poético de los prodigios inexplicables, Charles Fort creaba una trampa para dogmáticos que no ha dejado nunca de funcionar. "Nunca he conocido nada de la religión, la ciencia o la filosofía que sea más que un traje de ocasión, bueno para llevarse": he aquí el hombre. Pasó veintiséis años en las galerías del Museo Británico, nutriéndose de roquefort, pan de centeno y de pasas al whisky, para reunir unas 25.000 fichas que destruyó a continuación, por temor a un incendio. Durante ocho años estudió —cuenta— todas las artes y todas las ciencias, a la vez que inventaba una media docena. En fin, él se lanzó a examinar todos los fenómenos, combinaciones, atracciones y perturbaciones inéditas, clasificando 40.000 notas bajo 1.300 títulos, tales como Metabolismo, Equilibrio, Armonía, Oferta y Demanda, o Saturación. "1.300 perros infernales aullando con sus 1.300 voces delante de mi búsqueda fútil de una finalidad".

Eso fue *El libro de los Condenados*, que un crítico estupefacto comparó a la cabellera de un cometa. Fort registró con fluidez la caída de nubes de sal, de betún, de cuarzo, de albatros, de almidón, de mercurio, de gelatina, de algas, de peces, de resina, de hachas, de coque, de virutilla de hierro, de amianto y de vincapervincas. Más tarde, señaló la aparición de cocodrilos en diversas partes de la costa inglesa, pero rehusó creer en un perro que desapareció en una nube verde, diciendo "gracias".

Por poco que uno se comprometa sin desconfianza, encontrará de todo en Charles Fort: Sutiles escorzos poéticos: "Especímenes minerales yaciendo en los museos —calcificaciones que son montones de pétalos, o que fueron alguna vez las notas grosceras de una rosa". O un desmontaje completo de diferentes conceptos astronómicos. Se anticipó a analizar el pánico de los discos voladores, y el cáncer de los parabrasas, se expresó claramente sobre el principio de la incertidumbre en la teoría de los quanta, pero negó el paralaje anual de las estrellas, la velocidad de la luz, la rotación de la tierra, el desplazamiento regular de las líneas del espectro solar. Más aún, nos convence de su inmovilidad.

Curiosa mezcla de rigor analítico y de intuición irracional, que explica en estos términos: "Me he cerrado a la sabiduría de los siglos, y este aislamiento me ha concedido hospitalidades extrañas: cierro la puerta de entrada a Cristo y a Einstein, y por la puerta de servicio tiendo las manos a las ranitas y a las pervincas".

Esto no le impide sugerir, con un raro sentido del humor y una imaginación de visionario, su explicación del universo, ni de dar un esquema muy personal de un cosmos caprichoso. La tierra podría estar rodeada de una cáscara opaca y temblorosa, agujereada con pequeños hoyos, lo que explicaría la ilusión de las estrellas. Las nebulosas son las superestelactitas de esta caverna inmensa, cuyas partes gelatinosas dejan pasar las lluvias de meteoros, y se oscurecen a veces sin dar aviso. Más arriba flota un Supermar de Sargazos, donde confluyen los restos del tiempo y del espacio, alrededor de una isla, Genesistrina, con lagos protoplasmáticos, de donde caen todos los objetos y seres vivos que llueven sobre la tierra.

"Nuestro sistema solar entero no es quizás sino un organismo vivo, sujeto de tiempo en tiempo a hemorragias internas". Y agrega Fort: "Contra estas caídas de protoplasma, he advertido a todos los aviadores: se encontrarán un día incrustados como pasas en un pudding". Es difícil en ese estado, evaluar el valor de mistificación de parecidas recomendaciones. La ciencia aún se interroga después de la muerte de Fort: ¿farsa gargantuesca, complot lúcido, elucubración de un maniático?

Para Tiffany Thayer, uno de los amigos de Charles Fort, no había duda alguna: "El enunciaba festivamente sus sorprendentes hipótesis sobre cómo Jehová debió fabricar el ornitorinco y quizá el hombre". Pero sus profundos conocimientos, sus ideas científicas, no le permitían adelantar nada que fuera insostenible. Su fantasía, libre de toda traba, llegaba a abrazar los extremos de lo paradójal: una vez se le señaló que la desaparición de Ambrosio Bierce coincidía con la de un tal Ambrosio Small, y sin sonreír preguntó: "¿quién estaba coleccionando Ambrosios?"

Charles Hoy Fort murió en Nueva York el 3 de mayo de 1932, a la edad de 58 años. Algunos devotos amigos, entre los cuales estaban Theodor Dreiser y Havelock Ellis, velaron por la aparición de su obra que consta de cuatro volúmenes: *El libro de los condenados*, *Tierras Nuevas*, *¡Lo!*, y *Talentos insólitos*. Pero nadie jugará más sobre el inmenso tablero de su "superajedrez", donde los ejércitos de peones, permaneciendo inmóviles sobre sus centenares de casillas, testimoniarán siempre su amplia visión, en los límites de un mundo definitivamente incongruente.

EXTRACTOS DEL "LIBRO DE LOS CONDENADOS" DE CHARLES FORT

I

Una procesión de condenados.

Y por condenados entiendo a los excluidos.

Tendremos una procesión de todos los datos que la Ciencia ha considerado conveniente excluir.

Batallones de malditos, conducidos por los pálidos datos que yo he exhumado, se pondrán en marcha. Unos lívidos, otros en llamas, algunos podridos. Algunos son cadáveres momias o esqueletos crujientes y tropezantes, animados por todos aquellos que fueron datos vivos. Gigantes deambularán en sus sueños, grifos y teoremas marcharán como Euclides pasando junto al espíritu de la anarquía. Algunos serán clowns. Otros muy respetables. Algunos asesinos.

Pálidas pestilencias y supersticiones desencadenadas, sombras y malicias: Caprichos y amabilidades.

El poder que ha decretado que todas estas cosas sean castigadas es la Ciencia Dogmática. Sin embargo, ellas marcharán.

Yo creo también que no hay diferencias positivas: que todas las cosas son como el insecto y la rata en el corazón de su queso. Insecto y rata: nada más diferente que estos dos seres. Pero ellos duran una semana o un mes: en seguida de lo cual no son sino transmutaciones del queso. Creo que todos nosotros somos insectos y ratas, y solamente distintas expresiones de un gran queso universal.

Si no hay diferencias positivas, no es posible definir cualquier cosa como positivamente distinta a otra. ¿Qué es una casa? Una granja es una casa, a condición de que alguien la habite. Pero si la residencia constituye con más razón la esencia de una casa que el estilo de arquitectura, entonces un nido de pájaros viene a ser una casa. Y dos cosas tan positivamente diferentes como la Casa Blanca y el cascarón de un cangrejo se revelan continuas.

Creo que toda nuestra existencia es la animación de lo local por un ideal que no es realizable sino en lo universal. Que si toda exclusión es falsa, puesto que siempre entre lo excluido y lo incluido hay continuidad, si toda apariencia de existencia perceptible es producto de una exclusión, no hay nada perceptible que sea verdaderamente: sólo lo universal puede realmente ser real. Que el estado llamado comúnmente y absurdamente existencia es una corriente, una onda, o un pasaje de lo negativo a lo positivo, y el intermediario entre los dos. Que todos los fenómenos son aproximaciones de una parte o de otra entre irrealidad y realidad.

No se puede probar, por ejemplo, que cualquier cosa sea un animal: puesto que la animalidad y la vegetalidad no son positivamente diferentes. Ciertas expresiones de vida son tan vegetales como animales o representan la fusión de lo animal con lo vegetal. No hay pues tests, criterios ni standards para formarse una opinión. Distintos de los vegetales los animales no existen.

Las tres leyes de Newton que intentan perfeccionar la positividad, desafiar y quebrar la continuidad, son tan irreales como todas las otras tentativas de localización de lo universal. Si todos los cuerpos observables son continuaciones de todos los demás cuerpos, no pueden estar influido sólo por su propia inercia, de modo que no hay forma de saber qué es el fenómeno de la inercia. Las tres leyes de Newton son actos de fe. Los demonios y los ángeles, las inercias y las reacciones son todos personajes mitológicos.

2

Todo el Darwinismo está basado en el fenómeno de la supervivencia del más apto. Pero no hay más fuerte ni más hábil —puesto que por todas partes sobreviven la debilidad y la estupidez. Ahora, no se puede determinar la aptitud de otra forma que por la supervivencia. De suerte que el Darwinismo prueba en todo y para todo la supervivencia de los sobrevivientes.

El precio de los pijamas en Jersey City está afectado por el mal genio de una suegra de Groenlandia o por la demanda en China de cuernos de rinoceronte para aliviar el reumatismo.

Pues todas las cosas son continuas, ligadas entre ellas, de una homogeneidad subyacente. De allí la lógica subyacente del pilluelo, culpable de muchas cosas salvo la de haber oído un silogismo, y que pega una etiqueta de pescados en una lata de garbanzos. Tal es la relación de las cosas entre ellas que la diferencia entre una fruta y lo que se ha convenido en llamar una legumbre es indefinible. ¿Qué es un tomate? ¿Una fruta o una legumbre?

Mi libro es una ficción, con el mismo derecho que "La cabaña del tío Tom", "Los principios" de Newton, "El origen de las especies", "El Génesis" o "Los viajes de Gulliver".

Se encuentra hoy en la tierra por lo menos un solo artista: el profesor Albert Einstein ha mezclado en lo que él llama un organismo, elementos tan diversos como las ondas electromagnéticas, las irregularidades del planeta Mercurio, la caída de una piedra lanzada de un tren en la esquina de una estación, la geometría del hiperespacio, la explotación del todo por alguna cosa, y la necesidad urgente de astrónomos para el Einsteinismo, porque es agradablemente ininteligible, en esta hora en que todos los escolares ya hacen trizas a Newton. En 1918 se anunció que el útil Einstein había presagiado el desplazamiento de estrellas siguiendo sus teorías y que todas sus predicciones se habían cumplido. Una expedición fue enviada por el observatorio de Lick para verificar el desplazamiento de las estrellas durante el eclipse solar de 1922. Los astrónomos de la expedición se admiraron de cómo los desplazamientos confirmaban a Einstein el profeta. Se le juzgó de utilidad pública y en California, escolares vestidos de blanco le cantaron las ininteligibilidades apropiadas. En Nueva York la Policía Montada contuvo la multitud ante su paso. La multitud lo había englobado en su programa de vacaciones, sin pedir la menor explicación. El, para crear su sistema de pensamiento, había aforreado los datos astronómicos hasta la insensibilidad. Englobó en su sistema las irregularidades del planeta Mercurio, pero desdeñó las de Venus.

Y el 22 de junio de 1931, el profesor Erwin Freundlicher anunciaba a la Asociación Berlinesa de Física que el 9 de mayo de 1929 las estrellas no se habían desplazado según Einstein: fuera de sí mismo el Einsteinismo perdía toda significación. El profesor Freundlicher explicó que los astrónomos de Lick habían "dejado fuera de sus consideraciones todas las observaciones que no cuadraban con los resultados que querían obtener". Yo no explicaría de otra manera a la astronomía.

Hasta el 6 de diciembre de 1931 yo pensaba que las teorías del profesor Einstein estaban solas, en cuanto a representar lo sublime en la inutilidad. Pero el "New York Times" me enseñó que a esta fecha los sabios de la Universidad de California hacían experiencias con una mixtura fosforescente en los alimentos de una porqueriza, los que produjeron cerdos luminosos.

La prueba de la redondez de la tierra estaría en la sombra que ella proyecta sobre la luna. Pero nadie ha visto enteramente esa sombra, porque la sombra de la tierra es más grande que la de la luna. Ahora, la luna es convexa, y sobre una superficie convexa, un objeto recto bien puede proyectar una sombra curva.

Aunque sea imposible determinar a la escala microscópica si ciertas formas de vida son animales o vegetales, se puede todavía diferenciar bien dos extremos, como un hipopótamo y una violeta. Nadie enviaría un bouquet de hipopótamos a su novia.